

Viaje por las fronteras del campo sociológico. Una cartografía de la investigación social

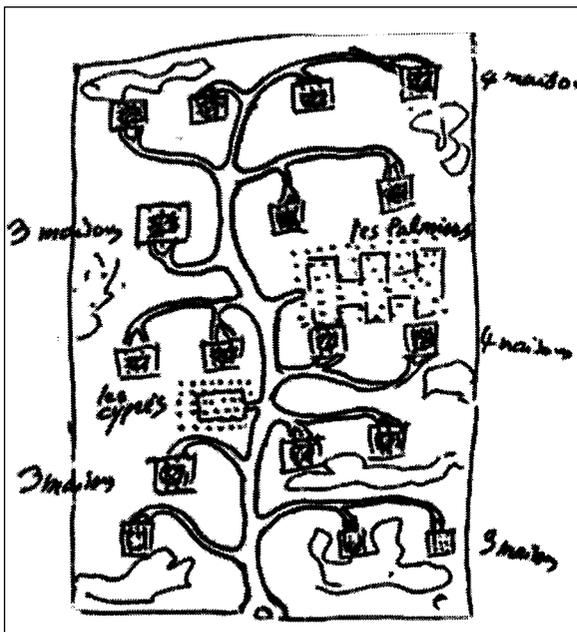
¿Cómo se puede estar a la vez fuera y dentro? Espacialmente es imposible y lógicamente es impensable, es decir, contradictorio. Una puerta ha de estar abierta o cerrada, e incluso una puerta entreabierta ya está abierta; un hombre ha de estar dentro de la sala o fuera de la sala. Pero también puede estar en el umbral, pasar una y otra vez del interior al exterior. Este milagro se produce misteriosamente todos los días. ¡No hay quien lo entienda!

Vladimir Jankélévitch, *La aventura, el aburrimiento y lo serio* (1989: 13)

Elena Casado y Gabriel Gatti

1. Repensando la frontera entre teoría y práctica

Este artículo se enuncia desde inquietudes *tácticas*, *epistemológicas* y *metodológicas*. Las primeras dan forma a las disposiciones y a los recursos con los que construimos los enunciados que siguen, clara y explícitamente determinados por el lugar y el momento en el que se sitúan —en el contexto de la Academia— quienes los dicen: el paso hacia la condición de doctores mediado por la construcción de una tesis y los constreñimientos que impone este rito de investidura; las inquietudes epistemológicas guardan relación con una serie de interrogantes sobre el carácter de la disciplina, sobre el lugar que ésta otorga a observadores y observados y sobre la caracterología del espacio en donde unos y otros entran en contacto, esto es, el campo de investigación; por último, las inquietudes metodológicas refieren a cómo se dibujan los contornos y se definen los contenidos, primero, de los objetos y del campo de investigación que la sociología considera que le son propios, y, segundo, de las actitudes y disposiciones con las que un investigador social ha de situarse en su campo de investigación para que lo que haga sea entendido como «sociológico». Estas tres inquietudes dibujan a grandes rasgos el *lugar* desde el que se enuncia este texto. Pero, además, ese lugar es indisoluble del *momento* de enunciación, marcado por el debate en torno a las «nuevas sociologías», a las que no es ajeno este artículo. Uno y otro, *lugar* y *momento* de



enunciación, dibujan el punto de origen de este viaje por las fronteras del campo sociológico.

1.1. SOPORTES DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL: LA LÓGICA DE LA REPRESENTACIÓN Y LA GRAMÁTICA DEL VIAJE

Estas «nuevas sociologías» constituyen un ejercicio que suele presentarse a la contra de las formas de hacer y de decir características de lo que, desde Foucault, entre otros, podemos denominar «paradigma clásico». A saber, y permítansenos que lo que sigue adopte una forma algo caricaturesca¹: el conocimiento sociológico y la investigación social imaginados como algo que *alguien* afirma sobre *algo*. Propuesto de esa manera, el conocimiento se hace posible desde el levantamiento de una barrera que deja de un lado al continente *sujeto* –ocupado por quienes son competentes para observar–, y que emplaza al otro extremo al continente *objeto* –repleto de todo lo que es susceptible de ser observado–. Y entre ambos continentes los dos grandes arsenales de la ciencia clásica, los que hacen que la cesura entre uno y otro sea menos profunda o que sea, al menos, transitable: la *representación* y el *viaje de investigación*.

El primer arsenal, la *lógica de la representación*, permite pensar que «el universo de discurso característico de la ciencia es (...) exhaustivamente definible y tendencialmente inmutable, y sobre todo es considerado isomorfo al universo *tout court*» (Ceruti, 1994: 34). La representación articula así todo el edificio del saber clásico, pues autoriza al sujeto portador de ciencia a pensar que sus observaciones se dirigen a algo situado «ahí fuera», a algo a la espera de ser visto para poder ser conocido. A la larga, el bosquejo del mapa del mundo podrá culminarse, pero si y sólo si el método se aplica meticulosamente, única regla que garantiza que el objeto, exterior, sea percibido en su plenitud y sin sesgos más o menos intencionados: sólo si es manejada con corrección, la representación es científica, y es esa vigilancia la que hace de la observación *método* y de la representación de los objetos *conocimiento* de la realidad exterior. El resultado es, como señala Woolgar, que «creemos que los objetos preceden y dan lugar a su represen-

tación, precisamente porque ésa es la forma en que hemos organizado nuestras percepciones del mundo, nuestros acuerdos sobre la forma en que deben dirigirse y sancionarse las acciones, nuestras expectativas, etc.» (1991: 103).

El segundo arsenal de la observación, la *gramática del viaje científico*, constituye un postulado que, a diferencia del primero, no es frecuente encontrar enunciado explícitamente pero que es, sin embargo, el presupuesto necesario de la representación. En efecto, sólo cabe hacer presente, representar, aquello que está fuera de quien elabora la representación imaginando un objeto que preexiste a la observación y hacia el que el observador ha de desplazarse para descubrirlo². ¿Cómo sin un desplazamiento de la Universidad hacia el Terreno y un regreso del Terreno hacia la Universidad imaginar la antropología y la sociología? El viajero ha de partir de esos «lugares centrales de acumulación teórica» (Clifford, 1999), y, tras descubrir al objeto en los territorios por desvelar, volver a ellos, esto es, regresar con él para insertarlo en la parrilla donde se recogen, clasificados y ordenados, todos los objetos del mundo. Ahí, en el «centro de cálculo» (Latour y Woolgar, 1995), se origina el desplazamiento que posibilita la representación y también en él finaliza, pues sólo respecto a él la representación ostenta el estatuto de científica. De nuevo Woolgar explica con claridad los rudimentos de esta gramática del viaje científico y da cuenta de su condición de metáfora sustantiva y sustantivadora del proceso de investigación en ciencias sociales:

«La metáfora del descubrimiento científico, la idea de descubrir, es precisamente la de descubrir la realidad y revelar algo que había estado siempre ahí (...). Esta imagen se deriva, en parte, de la noción de descubrimiento geográfico (...). La retórica de esta ontología nos muestra los objetos del descubrimiento como algo fijo, mientras que considera los agentes del descubrimiento como algo meramente transitorio» (1991: 84).

1.2. TOPOI DE LAS «NUEVAS SOCIOLOGÍAS»

Lo cierto es que hoy, protegidos por las llamadas a la «atención a la complejidad de nues-

tros objetos», al «carácter mediado de nuestros conocimientos», a la «performatividad de la sociología sobre lo social», nadie que se pretenda comprometido con el pensamiento contemporáneo hace, explícitamente al menos, votos de fidelidad para con el paradigma clásico. Bien al contrario, todo análisis que se quiera contemporáneo está casi obligado a ser fiel seguidor de su alternativa más fuerte: la de un paradigma que, con Navarro, podría ser nombrado como el de la «objetividad reflexiva», esto es, aquel que «desborda el objeto e incluye en su radio de acción al sujeto, que así debe dar cuenta de sí mismo en los términos de lo que es su producto: la propia actividad objetivadora por él constituida» (1990: 54). La consecución de los supuestos que se esconden tras la formulación de este paradigma alternativo al clásico pasa por el reconocimiento de tres campos de problemas, diferentes pero muy íntimamente ligados. Son problemas que sostienen las propuestas más o menos críticas que han desarrollado las «nuevas sociologías» y que conforman la base desde la que se formulan los votos de obligado seguimiento de este nuevo credo:

Primero, el problema de la complejidad creciente de un objeto en el que se reconocen las mismas capacidades objetivadoras antes reservadas para el sujeto de la observación. La constatación de la indiferenciación creciente entre la «etnosociología» y la «sociología académica»³ ha conducido a diversas teorizaciones que reducen la distancia entre las capacidades objetivadoras del sujeto y el objeto del conocimiento sociológico⁴—hasta ahora entendidos separadamente—, siendo quizás en el diagnóstico sugerido por la imagen de la sociedad reflexiva (Lamo de Espinosa, 1993, 1999)⁵, donde se encierran las líneas de preocupación esenciales de este primer problema. A saber: por un lado, la extendida convicción de la distancia creciente entre la arquitectura que sostiene los conceptos básicos de las ciencias sociales y la que soporta los fenómenos más relevantes de la «realidad» contemporánea; de otro, y fundamentalmente, la asunción de que las ciencias sociales son saberes reflexivos; esto es, la tematización del hecho de que, primero, toda actividad objetivadora constituye su objeto de observación y, segundo, del hecho de que mientras que los objetos de las ciencias duras son *recalcitrantes*—nunca abandonan su

capacidad de *objetar*—, los objetos de las ciencias sociales dulcifican su impertinencia al someterse a lo que el observador espera de ellos (Latour, 2000). De ambas cuestiones se infiere la necesidad de relativizar la capacidad analítica de las categorías que soportaban el edificio teórico de las ciencias sociales, desde las más familiares (sociedad, individuo...) a las más elaboradas (acción, estructura...), y, consecuentemente, la urgencia de reformularlas. Se asume, así, la imposibilidad de agotar la descripción de la realidad y también la permanente y recurrente opacidad de lo social contemporáneo. Lamo de Espinosa resume las claves de este primer problema:

«La comunicación, no sólo entre actores, sino entre el actor de una parte y el investigador social de otra, rompe con la epistemología tradicional que considera el conocimiento como reflejo o copia del objeto en el sujeto. Ahora resulta que la realidad (de una parte) la construyen los actores pues el sentido que aportan a la situación (su definición de la situación) es parte de la situación. Y de otra, resulta que (en alguna medida) esa definición de la situación ha sido conformada por las (previas) definiciones elaboradas por los investigadores sociales de modo que la ciencia social—lo quiera o no—constituye su objeto al tiempo que lo estudia» (1993: 389).

Segundo, el problema del progresivo descenramiento de un observador alejado ya del sueño de alcanzar un único y privilegiado lugar de observación de la vida social y de lograr una visión acabada y definitiva del espacio en el que aquélla se desarrolla. La asunción de la posición no centrada del sujeto de la observación por efecto de la ya evidente dependencia de toda práctica cognitiva del lugar y del momento desde el que se enuncia la observación implica reconocer el carácter socialmente condicionado del conocimiento y, consecuentemente, asumir el desmoronamiento del Sujeto ilustrado, a lo que han contribuido desde el psicoanálisis al postestructuralismo pasando por las teorías feministas y postcoloniales. Son ejercicios de relativización de la solidez del lugar que ocupa el observador en sociología, que se han traducido en propuestas que van desde el

cuestionamiento radical del ejercicio científico en general y del sociológico en particular —en fórmulas como las de Baudrillard o las del constructivismo radical—, hasta las que abogan por hacer más porosas las fronteras entre las disciplinas (distintos debates con el prefijo *inter-* como común denominador: *interdisciplinariedad*, *intersubjetividad*...).⁶ Y entre esos extremos, apuestas como las de la Sociología Simétrica o los «conocimientos situados» de Haraway, que partiendo de la aceptación de la inevitabilidad de las consecuencias de la representación y, precisamente por ello, abogan por la desnaturalización de las fronteras hoy objetivadas y por la responsabilidad en la construcción de las que emergen de sus propias actividades, haciendo de ellas un lugar de conocimiento. Esta renuncia al ideal de omnisciencia de la ciencia clásica, común a todas esas formulaciones, nos invita a repensar el lugar desde el que dar forma a la figura del observador y a las disciplinas en las que éste se inscribe, puesto que:

«Ya no es posible ninguna aproximación sintética. No se dan torrecillas de observación con los requisitos requeridos [sic]. El problema consiste en cambio en integrar la subjetividad y la objetividad del enfoque propio (...). El observador sabe que lleva siempre consigo el “pecado original” de su limitación. Pero sumergirse en ella es el único instrumento para alcanzar la intersubjetividad» (Ceruti, 1994: 48).

Tercero, el debate sobre el conocimiento mismo, al que subyace la crítica a la filosofía representacional, y que se manifiesta en la problematización de las relaciones entre el sujeto y el objeto de la observación. Situado en el interfaz entre los dos problemas anteriores este tercero los contiene y sintetiza, pues, en efecto, la complejización del objeto y el descentramiento del sujeto empujan a abandonar un discurso científico que pretenda clausurar el conocimiento de la sociedad obviando su cronotopo, esto es, sus condiciones de enunciación, incluidas las redes de poder/saber en las que se inserta. Quedan así impugnadas, primero, la estabilidad del par sujeto/objeto y, segundo, la anterioridad de uno sobre el otro, ya sea del sujeto sobre el objeto (estrategia deductiva: solución formalista o despla-

zamiento del sujeto hacia el objeto), o del objeto sobre el sujeto (estrategia inductiva: solución idealista o desplazamiento del objeto hacia el sujeto). Es más, el trabajo de la ciencia se revela como un proceso de depuración que extrae a sus objetos de los haces de relaciones que integran, haciendo de lo analógico unidad discreta y de la multiplicidad de actores (Greimas, 1976), humanos y no humanos, actantes interpretables. Se reconoce, entonces, que toda actividad cognitiva interviene sobre lo real, que requiere de una representación que, como veremos, hace emerger ciertas relaciones al tiempo que oculta otras; pero, al mismo tiempo, se advierte que los dos extremos entre los que se encierra el conocimiento —sujeto y objeto de la observación— no son su fin sino su periferia (Lourau, 1997: 4). Así, la actividad cognitiva no se sitúa ni del lado del objeto ni del lado del sujeto, sino precisamente en la mutua y permanente negociación que los constituye y que perfila las fronteras que permiten pensarlos autónomamente (estrategia transductiva (*Ibidem*: 3 y ss.): solución dialéctica, o desplazamiento permanente entre sujeto y objeto de la investigación social):

«La inducción y la deducción buscan las estructuras producidas y exigen que la marcha o camino del investigador se encierre en un método o metacamino que implica la reducción de la subjetividad de ese investigador —de sujeto en proceso a sujeto transcendental— (...). El camino transductivo es una (re)construcción permanente del método o metacamino a lo largo del camino, por un sujeto en proceso que sigue al ser en su génesis, en su incesante producción de nuevas estructuras» (Ibáñez, 1985: 264).

Estos tres campos de problemas, son, hoy, lugares de paso obligado para el hacer sociológico y suponen socavar no pocos de los supuestos básicos e incuestionados de las ciencias sociales, pues, indudablemente, una vez abiertas las vías de comunicación con el objeto, ya no ha lugar una ciencia que se pretenda competente para clausurar su conocimiento, sino, bien al contrario, una práctica científica lúcida respecto a lo que su acción deja fuera (los restos del conocimiento) y, sobre todo, lúcida en relación a lo que su acción genera (las consecuen-

cias no intencionadas del conocimiento sociológico, los efectos performativos, los desechos de la representación científica). El trabajo sobre unos –los restos del conocimiento– y otros –los desechos de la representación– se realizará en este texto apoyándonos en lo que se deriva de una de nuestras inquietudes, las *metodológicas*; esto es, desde lo que perturba nuestras certezas sobre los utillajes de los que valernos para hacer sociología. Estas inquietudes marcan el punto de partida de este trabajo y determinan los otros dos conjuntos de preguntas que lo atraviesan: las *tácticas*, acerca de cómo gestionar ese proceso iniciático que se llama «tesis doctoral», y las *epistemológicas*, sobre cómo dar forma en la investigación social todo a lo que nos conminan las «nuevas sociologías». Todas ellas nos conducen necesariamente a proponer varios interrogantes: ¿cómo administrar la frontera entre determinados llamados de la teoría sociológica y la práctica concreta de la investigación social durante el proceso de elaboración de las tesis doctorales?, ¿cómo aproximarnos –guiados por el nuevo credo– a una interpretación encarnada del ejercicio sociológico, donde teorización e investigación empírica aparezcan como formas de participación en y del objeto (Asensi, 1987: 17) y no como dispositivos para situarse por fuera y por encima de él? Preguntas que para quienes, en estos momentos y desde esos presupuestos, están implicados en prácticas de investigación social, y por tanto para quienes, como en nuestro caso, transitan por el proceso de elaboración de una tesis doctoral, acarrearán la necesidad de interrogarse por la construcción de la relación sujeto/objeto, por los instrumentos que en ella intervienen, por los presupuestos de partida... A interrogarse, en suma, por la *construcción del campo de investigación en ciencias sociales*, y a hacerlo abordando la historización de las fronteras que lo articulan y dotan de sentido. Esta posición sitúa el proceso de investigación mismo en el centro de atención, y nos incita a internarnos por paisajes más productivos, que nos permitirán incluso desmitificar las dos entidades que juegan el juego de la investigación social –sus sujetos y sus objetos–, relativizar la consistencia de los lugares por los que ésta se despliega, y replantear sus trayectos posibles, ayudándonos así a arribar a terrenos más pantanosos y menos salubres (Haraway, 1999: 121) pero donde aún tenga cabida la aventura.

2. Operaciones de delimitación del campo de investigación

*Si no quieres sorpresas, prepara tu viaje desde aquí*⁷.

La mención a la tesis doctoral como matriz que explica y da forma al lugar de enunciación académico de este texto, y su interpretación como limitación táctica que explica buena parte de los contenidos y de las formas de este artículo no es en absoluto gratuita. Y menos aún si consideramos lo que, en nuestro contexto, significa hacer una tesis: acción ritualizada de fijar una posición y de establecer un punto de vista académicamente legítimo. Tan es así que puede afirmarse que la tesis es, dentro de los procedimientos de las ciencias sociales, uno de los más ritualizados: encerrado en una estructura narrativa, encerrado en una lógica de construcción del objeto, encerrado, en suma, dentro de los límites que demarca el campo disciplinar.

En efecto, la secuencia del relato de una tesis encierra al sujeto de la narración en un ciclo del que es difícil escapar, un ciclo que se arma a través del paso obligado por una serie de hitos que es necesario visitar para que lo que se haga sea legítimo para la Academia y pertinente para la disciplina para la que quien está doctorándose postula su candidatura. Basta con ver los modelos que hay que cumplimentar para obtener las becas de Formación de Personal Investigador. La secuencia es diáfana: a la presentación del *problema* le sigue la enunciación de los *antecedentes* y del *estado actual del tema*, a la cual, puestos ya en faena, le suceden las *hipótesis*, los *objetivos* –los teóricos de un lado, los empíricos del otro, y, en el medio, el *interés social* del tema–, y, ya en el final, la previsión del desenlace, el espacio en donde emergen, como resultado natural de la aplicación correcta del método, el *plan de trabajo* y la *bibliografía* por la que viajar para alcanzar los objetivos propuestos. Esta es la estructura planificada (cf. ACOTACIÓN I)⁸. Y si la tesis es tal, se respetará en la investigación, de tal modo que, salvo pequeñas diferencias estratégicas (así, los amantes de la Gran Teoría construirán el marco teórico y realizarán luego el trabajo de campo, mientras los que, a la inversa, se sien-

tan seguidores del Empirismo Abstracto, actuarán inductivamente, extrayendo lo que en sus trabajos haya de teorización de lo obtenido de sus paseos –método mediante– por el objeto), al final del recorrido surge el texto que se habrá de depositar, allí donde uno fija sus posiciones, donde se enuncia la tesis. Su estructura narrativa es, pues, de una fuerza retórica sumamente eficaz: permite, en primer lugar, que nos distingamos del objeto y que así emerjamos como sujetos, y en segundo lugar, delimitados ya los continentes «sujeto» y «objeto», hace factible que el primero viaje hacia el segundo y que, además, viaje correctamente⁹. Sólo queda salir para validar lo planeado por

medio de la recogida de datos, paso necesario para desvelar la naturaleza del objeto y definir de manera sustantiva los límites del campo que lo contienen:

«Lo que da validez al trabajo de campo es el acto de salir físicamente hacia un espacio desbrozado de trabajo. Salir presupone una distinción espacial entre una base conocida y un lugar exterior de descubrimiento. Un espacio desbrozado de trabajo supone que es posible mantener a raya las influencias distractoras. Un campo, por definición, no está invadido por la maleza» (Clifford, 1999: 72).

ACOTACIÓN I: TESIS, EL PROYECTO

O de cómo el ajustarse a la estructura narrativa crea la ficción de la distancia entre el sujeto y el objeto

Partiendo de las propuestas de...	G.G.: <i>La sociología del nacionalismo, de la lengua y de la identidad colectiva</i> E.C.: <i>la epistemología feminista, la semiótica y la sociología de la ciencia</i>
...aplicadas al caso de...	G.G.: <i>la transformación de la identidad en las redes institucionalizadas de enseñanza de euskera a adultos</i> E.C.: <i>la transformación de las identidades de las mujeres españolas (1975-1995)</i>
...se plantea la hipótesis de que...	G.G.: <i>la euskaldunización de adultos es una institución de reproducción y de transfiguración de la conciencia nacionalista</i> E.C.: <i>las identidades (de género) son producto de la interrelación de posiciones sociales, narratividad y performatividad</i>
La comprobación de esa hipótesis exige...	G.G./E.C.: <i>la realización de un trabajo de campo fundamentalmente cualitativo sobre el discurso de los agentes que participan de esa situación social</i>

De los dos arsenales que hemos considerado que estructuran el paradigma clásico, lógica de la representación y gramática del viaje, vamos a utilizar esta última como trama sobre la que articular nuestro relato sobre el trabajo de la ciencia. Un viaje, además, que debe ser narrado en un proceso marcado por dos fases (Atkinson, 1990: 57 y ss.): mientras que la primera consiste en la acumulación, durante meses o incluso años, de notas voluminosas (*write down*), imaginadas como transcripciones ininterrumpidas de lo que sucede sin intervención alguna del transcriptor, la segunda, la de «elaboración del informe» (*write up*) trans-

forma a través del relato científico «lo recogido» (*down*) en «dato» (*up*) (*Ibidem*: 61). Efectivamente, la terminología tradicional del oficio es indicativa de la conceptualización de la investigación como un viaje de ida y vuelta, como una lógica unitaria con dos movimientos absolutamente engarzados, pues ninguno de ellos tiene sentido al margen del otro. A esto es a lo que denominamos *lógica de acercamiento/alejamiento*, lógica escindida en dos movimientos, asociados, a su vez, a diferentes dispositivos, de *focalización* en el movimiento de acercamiento y de *olvido* en el movimiento de alejamiento.

Sujeto → Objeto	Objeto → Sujeto
Movimiento 1 Aceramiento Dispositivos de focalización	Movimiento 2 Alejamiento Dispositivos de olvido

Cuadro I. Lógica de acercamiento/alejamiento

2.1. PRIMER MOVIMIENTO: EL ACERCAMIENTO Y LOS DISPOSITIVOS DE FOCALIZACIÓN

Bourguet, hablando de los expedicionarios del Renacimiento, nos recuerda que en todo desplazamiento se parte de un mapa. Es el primer paso de toda representación, científica o no, contemporánea o no:

«Antes de su partida, exploradores, geógrafos y políticos imaginan el viaje sobre mapas: con sus líneas inseguras y sus espacios en blanco, rodeados de leyendas, ofrecen un cuadro del saber geográfico del tiempo, mezcla de conocimientos positivos, informaciones más o menos verificadas y sueños. Es indudable que estas representaciones son a veces fantásticas y pueden ser completamente erróneas sobre el terreno. Pero ello no es óbice para que la decisión del viaje, la elección del itinerario y los objetivos se levanten sobre estos conocimientos. La representación geográfica imaginaria permite pensar la partida, y, de ese modo, la hace posible» (1995: 279)

Del mismo modo que los exploradores, los geógrafos y los políticos del Renacimiento, los investigadores sociales decidimos el itinerario y los objetivos apoyándonos en mapas: acerbos de conocimientos sociológicos (manuales disciplinarios (atlas de nuestros viajes), hábitos de investigación social (ritos que instituyen al viajero (pasaportes para atravesar las fronteras, tanto a la ida como en el regreso), convenciones representacionales (códigos interpretativos consensuados (leyendas para entender el mapa y poder hacer la transición del mapa al objeto). Partimos pues, de cartografías selectivas, de perspectivas incorporadas. En este sentido, el mapa puede entenderse como un *focalizador*, un útil del «trabajo de la representación»; es decir, un faro que ilumina, que hace visible, que nombra y que recorta el objeto de estudio.

El mapa permite proyectar sobre el campo una determinada *perspectiva* –incuestionable, pues asumida y sustentada por la «comunidad»– y, así, perfilar el objeto de la investigación¹⁰. El deslizamiento semántico desde la *perspectiva*, en tanto que instrumento del pintor, útil de la representación visual, hacia la *perspectiva*, entendida como instrumento del sociólogo, útil sociológico –perspectivas «funcionalista», «estructuralista», «de género», «de identidad»...– es muy revelador de la fuerte imbricación de la lógica de la representación y de la gramática del viaje, soportes fundamentales, insistimos, del paradigma clásico de la investigación. No puede desdeñarse su incidencia en la constitución de la noción de campo con la que se trabaja en ciencias sociales, pues, en efecto, el que desde Alberti o Descartes se conoce como «orden escópico» (Sauvageot, 1994) o, también, «ocularcentrismo» (Jay, 1995), tiene en la perspectiva el instrumento fundamental para vincular al sujeto y al objeto de la observación, pero, sobre todo, encuentra en ella la herramienta para definir la extensión y el contorno de lo que el ojo del observador puede atrapar¹¹: para el fotógrafo, el encuadre; para el sociólogo, el campo. Perfilado el campo como campo de coherencia óptica, «el espíritu se hace científico viendo el mundo en perspectiva» (Latour, 1985: 11) (cf. ACOTACIÓN II).

ACOTACIÓN II: TESIS, LA PERSPECTIVA O de cómo la sociología focaliza sus objetos

Las perspectivas de la identidad (*nacional, de género*), como toda perspectiva, nos permiten perfilar los contornos de nuestros objetos y visualizarlos (*mujeres, neo-vascoparlantes*). Por ejemplo, la matriz común para perfilar y visualizar la identidad nacional es soportada por una arquitectura que se conforma de acuerdo a tres reglas: 1) la existencia de un centro que da forma al Nombre de la comunidad («vascos»), 2) la existencia de un tiempo y un espacio sagrados («Historia y Territorio nacionales») y, 3) la adecuación de la acción a esos parámetros (mecanismos de socialización y de reproducción de la

ACOTACIÓN II: TESIS, LA PERSPECTIVA O de cómo la sociología focaliza sus objetos (Continuación)

identidad nacional). De acuerdo a esta lógica, el objeto «neo-vascoparlantes» ocupa un espacio de transición: el que permite el paso del estado identitario de quienes no poseen ni el Nombre, ni el Territorio ni la Historia al de quienes sí lo poseen. Mediante la perspectiva, el objeto queda definitivamente recortado, singularizado; a partir de ahora el científico social, encerrado en el laboratorio con su objeto, ya puede diseccionarlo y combinarlo con otros objetos de arquitectura similar. Así, por ejemplo, «mujeres» puede entrar en relación con objetos como «poder» (debates e investigaciones sobre «Mujeres y participación política»), «trabajo» (programas de intervención bajo el lema «Mujer y Trabajo») o «salud» (textos como «Cooperación en salud con perspectiva de género»).

Pero el ejercicio cartográfico, del que emergen el campo y el objeto, y que permite realizar el primer movimiento de la lógica acercamiento/alejamiento es, a su vez, un ejercicio situado y como tal social, histórico y contingente: las cartografías concretas se insertan a su vez en otras cartografías más amplias, o dicho de otra forma, no se puede mapear cualquier cosa en cualquier momento ni en cualquier lugar. De esta manera, el acercarse a un objeto y desvelarlo no pasa tanto por la preexistencia del objeto respecto a la observación sino por las condiciones de posibilidad de la objetivación, condiciones que no están presentes en el objeto mismo, sino en las instituciones, los tipos de clasificación, los modos de caracterización, que hacen que el objeto emerja como singularidad clasificable¹². En suma, lo que se representa y se cartografía es el resultado de procesos interpretativos que constituyen lo que ha de verse, aquello sobre lo que hay que intervenir¹³, los lugares hacia los que hay que viajar; eso que constituyen, en definitiva, lo que resulta *interesante* para la mirada científica:

«Lo interesante está en función del interés. Y el conocer está en lo interesante(...). Es lo interesante quien abre el terreno a lo cognoscible. No de manera unívoca además: el logro del conocimiento repercute sobre lo interesante, lo hace más visible y lo refuerza.

En concreto, el logro atrae sobre lo interesante del que trata todo el dinamismo de la confirmación ligada al logro: financiación de las investigaciones, institucionalización didáctica, etc. (...). Lo interesante juega un rol propiamente heurístico: es él quien da paso a lo nuevo cognoscible (...) en cuanto que es lo interesante quien hace aparecer el espectáculo problemático (...). Una problemática nueva es realmente una ganancia teórica, una ganancia de campo, una ganancia de punto de vista. Constituye y a veces también instaaura lo observable y lo tratable» (Schlanger, 1983: 129-30)

La cartografía dibuja los perfiles de los territorios que son objeto de nuestro interés: perfila los problemas, mapea lo visible, da nombre a sus objetos, conforma y afirma las fronteras del campo. En ella confluyen las distintas instancias con capacidad de movilizar los que podríamos llamar «recursos de *interesamiento*», instancias, pues, capaces de hacer de algo una *materia problemática* y un *lugar de intervención científica*, capaces de hacer *objetos de ciencia*. Objetos de acercamiento que merecen, entonces, el *interés* de un viaje, aun cuando éste sea un viaje colonizado¹⁴.

2.2. SEGUNDO MOVIMIENTO: EL ALEJAMIENTO Y LOS DISPOSITIVOS DE OLVIDO

Es una búsqueda, chéri, una historia de partida y regreso: tú te arriesgas en el exterior y después regresas cargado de tesoros. Eres un héroe.

David Lodge, *El mundo es un pañuelo*

Nos adentramos, pues, en el segundo movimiento de la lógica acercamiento/alejamiento, donde los que denominamos *dispositivos de olvido* nos permiten distanciarnos de un objeto ya inerte y regresar transformando la experiencia en texto, los datos en «representaciones escritas de escenas sociales» (Atkinson, 1990: 61), convirtiéndonos, así, en portavoces de unos representados ahora cautivos de la representación.

Para que eso suceda, para que el viaje sea pensable, para que el sujeto y el objeto se distancien y apuntalen la condición que ostentaban durante las primeras fases del trabajo, las de observador y observado, la condición es que el viaje sea «puesto en representación» (Reichler, 1987: 134). Es, en efecto, el relato quien crea el espacio de análisis que denominamos «campo» y que da entidad a quienes lo habitan –nuestros «objetos»–, y quien constituye un espacio de visibilidad donde lo observado a lo largo del viaje emerge como objeto analizable¹⁵. Reconstrucción a posteriori de lo visto, la narración del alejamiento nos enseña que «el viaje no es más que un gran e inmediato giro que nos lleva a nuestro punto de partida anulando el espacio y el tiempo que separan el fin del principio» (Vadsaria, 1987: 55); ése es el giro por el cual la investigación social, y por tanto la tesis doctoral, se convierte, como veremos, en una secuencia más del manual, modelo del trabajo de disciplina. ¿Pero sobre qué fundamentos epistémicos se orienta ese giro?

Podemos partir del *modelo de separación e inversión* que Woolgar propone para analizar el trabajo de la ciencia. Ese proceso, nos dice, está jalonado por cinco etapas: en la primera etapa únicamente está el documento –las cartografías de las ciencias sociales–; en la segunda etapa el documento construye y constriñe las fronteras sustantivas del objeto –se activan los focalizadores– para, en la tercera etapa, presentar el documento y el objeto como entes autónomos –cesura constituyente de los continentes ya polares–; en la cuarta etapa el trabajo de la representación invierte el proceso presentando el documento como reflejo del objeto –retórica de la representación–. La quinta etapa, objeto de nuestro interés en este epígrafe, consiste en negar u olvidarse de las tres primeras fases, esto es, en reescribir «la historia para dotar al objeto de su fundamentación ontológica» (1991: 105) al quedar la cuarta etapa –el objeto escindido del sujeto, la representación desgajada de lo representado– como único recuerdo¹⁶.

- | | | |
|----|---|----------|
| 1) | documento | |
| 2) | documento | → objeto |
| 3) | documento | objeto |
| 4) | documento | ← objeto |
| 5) | «negar» (u olvidarse) de las etapas 1-3 | |

La experiencia –del viaje, de la investigación social– deviene, así, tras el olvido, texto objetivado. Esta última fase, la del informe final, aparece, propone Kilani, como «una tarea neutra de traducción de lo real a partir de una interpretación correcta de los datos empíricos recogidos adecuadamente sobre el terreno» (1988: 7-8), donde se suprime cualquier vínculo entre los resultados de la investigación y los caminos recorridos, cristalizándose así el objeto de investigación, fortificándose el campo y emergiendo la figura del autor como narrador neutral y omnisciente¹⁷.

En esa fase, donde el objetivo perseguido es el distanciamiento con respecto al objeto, texto y autor son dispositivos de olvido centrales para ese movimiento y ambos interpretan al unísono la magia de la representación. Mediante el primero, la experiencia de la investigación, procesual y multidimensional, se transforma en algo plano y sin fracturas, en un objeto, en suma, transportable¹⁸. El viaje se reduce a las instantáneas consideradas significativas tras el regreso, a las inscripciones que nos traemos a la Universidad –centro del cálculo– desde el Terreno –su periferia–. Por medio del segundo, la autoría, el investigador se esfuma detrás de su objeto y de su disciplina. A esconderse tras el objeto llega poniendo en boca del «objeto» lo que no es sino una interpretación a posteriori del científico¹⁹, y, así, da nombre y unidad a los dichos, hechos e identidades que «ese nativo» representa. En otras palabras, este primer dispositivo de olvido opera expulsando al investigador del texto y sustituyéndolo por un narrador colectivo²⁰, convirtiendo al objeto analizado en actor de su propia narración: el objeto recortado por la perspectiva («de género», «de identidad»...) aparece en el texto como objeto definitivamente naturalizado (mujeres, vasos...), autónomo con respecto al trabajo de la representación. Para esconderse tras la disciplina se vale de su condición de miembro de la comunidad de sabios, un lugar que le hace aparecer no como sujeto que enuncia, sino como instancia de unificación del discurso, proyectando sobre él mismo esa misma impresión de unidad (Foucault, 1987: 24). El autor científico es un lugar, por tanto, complejo: un lugar que ha de negarse, que no debe hacerse explícito, que debe camuflarse en el estilo del no-estilo²¹.

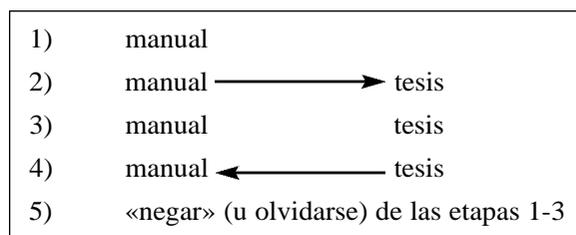
Cristalización del objeto, emergencia del sujeto y retórica del descubrimiento, del viaje del segundo hacia el primero. Conversión de la experiencia en texto, en definitiva. Ahora bien, este proceso de textualización aunque omitido de manera más burda por el paradigma clásico, no es, sin embargo, ni mucho menos específico de éste, sino que es un atributo inherente a la lógica representacional implícita en todo proceso de construcción discursiva. Como señala Clifford,

«Haga lo que haga una etnografía, traduce la experiencia en texto. Hay diversas formas de realizar esa traducción, formas que tienen consecuencias éticas y políticas significativas (...). Se puede construir esta textualización como el resultado de la observación, de la interpretación, del diálogo. Se puede construir una etnografía compuesta por diálogos (...). Se puede retratar al otro como un todo estable, esencial, o mostrarlo como el producto de una narrativa de descubrimiento en unas circunstancias históricas específicas (...). Lo que no se puede evitar, en ninguno de los casos, es la asunción de que la etnografía convierte la experiencia y el discurso en escritura» (1986: 115).

3. Desechos de la representación y el viaje

Viaje y representación como grandes arsenales de la investigación y como atributos sustantivos de las inquietudes que prefiguran las prácticas inves-

tigadoras y perfilan el lugar de enunciación de este trabajo. Viaje, como para los expedicionarios del Renacimiento, desde el manual a un campo construido a partir de los conocimientos derivados de aquél y que determina tanto la elección de los itinerarios como sus objetivos: el regreso cargado de tesoros al punto de partida, los centros de cálculo, aportando nuevo sustento a las cartografías existentes. Podemos jugar con el modelo de Woolgar para representar las relaciones entre el «manual» –entendido metonímicamente como focalizador central de la disciplina– y la «tesis» –entendida metonímicamente como ejercicio disciplinado de investigación–:



Trabajo, pues, de disciplina –en su doble acepción: en sentido restringido, como disciplina científica; en sentido amplio, como disciplinamiento de hábitos (Foucault, 1987)–, que remite de nuevo a un campo de investigación entendido ya como un producto disciplinar y disciplinario, más como un conjunto de prácticas que como un lugar preexistente a éstas. Ese disciplinamiento constitutivo del campo regula las identidades y las diferencias que éste presupone, administra los modos de decir y hacer²², controla los contenidos y, sobre todo, gestiona las fronteras entre un campo que se presenta naturalizado y unos territorios repletos de monstruos, desechos de la disciplina sociológica y del disciplinamiento.

Sujeto → Objeto	Objeto → Sujeto
Acercamiento <i>Dispositivos de focalización</i>	Alejamiento <i>Dispositivos de olvido</i>
Resto de la disciplina: <i>Lo insignificante, lo intermitente, lo impertinente; monstruos no naturalizados</i>	Rastro del disciplinamiento <i>Parte nocturna de la investigación, fuera-del-texto, fuera-del-libro</i>

Cuadro II. Desechos de la lógica acercamiento/alejamiento

3.1. FUERA DE LA DISCIPLINA: LOS RESTOS MONSTRUOSOS DE LOS DISPOSITIVOS DE FOCALIZACIÓN

Apoyándose en las cartografías disponibles, la ciencia, como una de las más poderosas instancias de delimitación, nominación y visibilización, impone una distinción por la que el continuo de la realidad social se transforma en objeto aprehensible, delimitado por fronteras más allá de las cuales «merodean monstruos cuya forma cambia con la historia del saber» (Foucault, 1987: 30). Estos monstruos pueden, entonces, identificarse como restos de los dispositivos de focalización, dispositivos que actúan en orden a roturar, fijar, y nombrar el territorio donde trabaja la sociología y que, así, admiten, la emergencia de su objeto y de su campo de investigación. Dibujando esas fronteras dejan, no obstante, no pocas cosas más allá de ellas: «cada disciplina reconoce proposiciones verdaderas y falsas; pero rechaza, al otro lado de sus márgenes –señala Foucault– toda teratología del saber. El exterior de una ciencia está más y menos poblado de lo que se cree» (*Ibidem*: 29).

Esa teratología del saber puede empezar a componerse atendiendo al otro lado de la frontera, a la penumbra en la que se sumergen los restos, invisibles, de la disciplina. Allí quedan lo impertinente, lo incidental y lo intermitente; es en esa «oscuridad» donde emplazar lo social invisible (Gatti, 1999b), por donde pasean los Otros Inapropiados/bles (Minh-Ha, 1989), los innombrables, que son quienes, ocultos, por negación y distinción, dotan de sentido al objeto que los dispositivos de focalización recortan. Se trata de monstruos derivados de la propia lógica de construcción cartográfica y de las condiciones de imposibilidad (Law, 2000) que la sustentan y a las que da cuerpo, puesto que ese proceso de desbroce requiere de mapas coherentes, es decir, mapas sustentados por códigos únicos –esto es, una clara pertenencia disciplinar de la investigación– y unitarios –esto es, capaces de dar cuenta de la totalidad de «realidades» a los que han de aplicarse–. Mapas respecto a los que Gombrich indica qué deben hacer y qué no:

«La misión de los mapas es normalmente impartir información sobre los aspectos importantes de una zona, lo que significa que dejan a un lado las “apa-

riencias” (...). No sería bien acogido un mapa que provocase sensaciones visuales inesperadas, tales como el parpadeo (...). Hablamos de leer un mapa, y su requisito principal es que sea fácilmente legible en una sucesión de fijaciones. No debe haber interferencias de unos símbolos con otros y deben ser tan independientes como sea posible. Si esa diferenciación falla su utilidad está en peligro» (1991: 103).

3.2. FUERA DEL DISCIPLINAMIENTO: LOS RASTROS MONSTRUOSOS DE LOS DISPOSITIVOS DE OLVIDO

Una vez clausurado el ejercicio de escritura de la investigación social con el que se cierra el movimiento de alejamiento del campo y que entren a funcionar los engranajes de los dispositivos de olvido, en éste quedan sumidos ciertos desechos del viaje: la propia experiencia que lo constituye y, en el mismo movimiento de ocultación, el carácter encarnado del desplazamiento y de la estancia. ¿Quién habla?, ¿desde qué cuerpo?, ¿cuál es el cuerpo social del etnógrafo o de la socióloga?, son, entre otras, algunas de las preguntas para las que no es posible encontrar respuesta si se busca darles forma con las claves que suministran unos textos, los de las ciencias sociales, que reniegan de las tensiones y negociaciones que atraviesan el proceso de construcción del campo y que obvian tanto su carácter encarnado, como la autopertinencia (Devereux, 1980) de la investigación social. Es así que, tras el relato que sucede al alejamiento del campo, emerge en el texto un viaje sin marca y sin estilo.

El lugar del investigador se vacía y es ocupado por la disciplina. Aparece, entonces, un cuerpo disciplinado, neutro y exterior, ajeno a sí y a lo que ve. ¿Desde dónde y cómo se define ese lugar? Estableciendo rígidas fronteras con otros dos territorios: lo *emocional* de la investigación (y, en consecuencia, sus medios expresivos: el diario, la autobiografía...) y el *lugar de enunciación* de la investigación (entre ellos, la posición académica y las redes de poder/saber que la posibilitan, o las marcas sociales encarnadas en el investigador). Esos territorios exteriores a la investigación social, frente a los que ésta gana

identidad y encuentra las bases de su legitimidad, conforman, por oposición, un cuerpo disciplinado, y es en las fronteras con esos «otros disciplinarios» de las ciencias sociales donde se define y se combate por la construcción del campo, de modo que «el habitus del trabajo de campo moderno, definido en oposición al del viaje, ha proscrito modos interactivos asociados durante mucho tiempo con la experiencia de viaje» (Clifford, 1999: 95). Ha proscrito, enunciado de otro modo, la experiencia del viaje y lo que la constituye, reduciendo todo ello a texto objetivado.

El efecto de ello no es sólo, como hemos explicado, la emergencia del campo y del objeto como entidades exteriores a su analista y a la disciplina; es también lo que Laplantine llama «la esquizofrenia profunda y permanente de las ciencias humanas en su tendencia ortodoxa» (1987: 171); esto es, la perpetua tensión entre las demandas de objetividad y la –creciente– necesidad de dar cuenta de la interferencia entre esa actividad objetivadora y las actividades objetivadoras del objeto, tensión que se resuelve, prosigue Laplantine, «recortando los objetos, aislándolos, objetivando un campo respecto del que el observador está ausente y respecto del que resulta intercambiable [con otros observadores]» (*Ibídem*). Por ello, las complejidades de la investigación, los devaneos con el campo de trabajo, los escarceos por otros campos, la implicación en ellos... son arrinconados a territorios ajenos al texto, allí donde se sitúan algunas de las incoherencias del proceso de investigación, esfumadas del texto final y expulsadas al espacio que Derrida (1972) llama el «fuera–del–libro» [*hors–livre*] –los prefacios– o a lo que Lourau (1988, 1997) denomina el «fuera–del–texto» [*hors–texte*] –los errores y las incoherencias, la cara oculta de la investigación²³.

Rodeado por delante (agradecimientos y prólogos) y por detrás (conclusiones y bibliografía) emerge, pétrea, la figura del autor científico, sujeto que detenta un lugar de enunciación firme y legítimo, actor capaz de decirse dueño de una *posición disciplinada*, pero que olvida, al hacerlo, la red de relaciones de las que esa posición es recorte y reducción:

«Por olvidar el trabajo colectivo en el cual se inscribe, por aislar de la génesis histórica el objeto de su discurso, un autor practica la negación de su situación real. Crea la ficción de un lugar pro -

pio (...). La puesta aparte de la relación sujeto–objeto o de la relación discursos–objeto (...) borra las trazas de la pertenencia de una investigación a una red –trazas que comprometen siempre, en efecto, los derechos de autor–. Camufla las condiciones de producción del discurso y de su objeto» (de Certeau, 1990: 72).

Así, tras el texto y como resultado de la acción de los dispositivos del olvido está el «autor–red», rastro monstruoso de los dispositivos de olvido, entidad escondida detrás la disciplina –en cuya representación el autor científico investiga y habla en la tesis–, y detrás del objeto –a quien ese autor representa en el texto de la tesis–.

* * *

Interrogarnos, por tanto, por la constitución del campo de investigación en las ciencias sociales es una forma de reconstruir «lo que no se dice», «lo que se da por sentado», que es al mismo tiempo lo que dispensa la pertinencia a lo que se dice y la autoridad a quien lo dice: «la disciplina –señala Voloshinov– consiste menos en la prescripción de lo que se debe hacer que en la exclusión y proscripción de ciertas formas de imaginar la realidad histórica» (Voloshinov, 1992: 86). Ahora, desde esta perspectiva, las fronteras se desvelan como límites constitutivos de lo que se presentaba como anterior a ellas, como posibilitadoras de la cognición al tiempo que sus regentes y, sobre todo, como borraduras significativas del proceso de construcción de sentido. Vislumbramos ya las limitaciones del concepto de campo en el paradigma clásico, sus puntos ciegos, y arribamos, así, a esos terrenos pantanosos a los que decíamos dirigirnos en las primeras páginas.

4. Figuraciones del campo de investigación: cartografías de lo monstruoso

El tránsito final de este trabajo transcurre por esos terrenos pantanosos, poblados por los restos de la disciplina y del disciplinamiento; son restos

del paradigma clásico, condición de posibilidad de nuestra práctica. Terrenos sobre los que se aplican las «nuevas sociologías», cartografías que arrastran nuevos ejercicios disciplinados. Es un movimiento entonces que, naciendo del trabajo sobre el campo de investigación clásico, produce un nuevo campo, una suerte de «basurero de la representación» en donde se engrana lo que la focalización no ve –lo *in-significante*– y lo que el olvido de la representación oculta –la investigación encarnada–. Desde la entrada, el paseo y la salida de ese terreno cenagoso e incómodo, ¿cómo se delimita, cómo se observa y cómo se escritura una nueva acepción del campo de la investigación social?

Esa mirada, blindada por las «nuevas sociologías», no es una mirada inocente, ni ajena a la lógica de la representación, ni desprendida de la gramática del viaje científico. Y ello por dos razones: primero porque ese campo es un recorte sobre la complejidad de lo observado; segundo porque sus pobladores son naturalizaciones producto de nuestros textos. Porque, en efecto, antes de traspasar la frontera que separa este campo del clásico, es necesario señalar cómo los credos sociológicos contemporáneos son, también ellos, nuevos ejercicios de disciplinamiento y matrices, en consecuencia, para nuevas formas disciplinares. En tanto que tales, conllevan diferentes obligaciones: obligaciones sustantivas en la medida en que se han constituido en los ejes que definen la cartografía de la investigación social contemporánea, cartografía en la que pretendemos habitar; obligaciones formales en tanto que puntos de paso obligado.

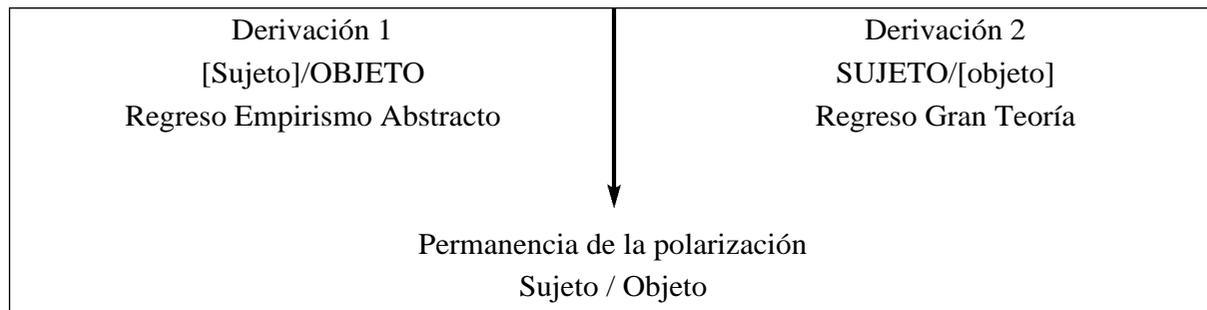
Los credos de las «nuevas sociologías», como matriz disciplinar, portan nuevos dispositivos de focalización y de olvido que nos permiten realizar nuevos recortes, definir nuevos intereses, asomarnos a nuevas realidades, perfilar, en suma, nuevos objetos, y abordar, en definitiva, nuevas narrativas. Y en cuanto que tal matriz disciplinar, presenta fuertes síntomas de solidificación, de tal modo que herramientas conceptuales y metodológicas que en el momento de su fundamentación nacieron como discursos heterodoxos y experiencias de investigación heteropráxicas pueden, hoy, convertirse en ortodoxias y ortopraxias camufladas²⁴. Estas cristalizaciones son las mismas que amenazan a todas las prácticas repetitivas, y que conducen a ciertos acomodamientos, más o menos placenteros, que cuestionan, incluso,

algunos de los interrogantes fundamentales de los que parte:

1) Acomodamiento placentero, de un lado, el de quienes trabajando en los cambios del continente objeto olvidan la necesaria puesta en cuestión de la otra incógnita de la ecuación, argumentando que el carácter construido de los objetos no conlleva renunciar a la posibilidad de objetivación ya que, al fin y al cabo, «la realidad está ahí fuera» y requiere de nuestra intervención. Un exceso, pues, en esta primera deriva del disciplinamiento de las «nuevas sociologías», de afecto táctico, que conduce a minimizar el cuestionamiento del continente sujeto, reduciendo las consideraciones sobre su carácter descentrado al espacio del «fuera-del-libro». ¿Resultado más probable de esta estrategia? Complejas reflexiones en los prólogos de las investigaciones sobre el carácter sesgado del conocimiento sociológico, que al pasar la página y dar entrada a la investigación empírica regresan a la planicie positivista²⁵.

2) Acomodamiento placentero, en segundo lugar, el de aquéllos que deconstruyen hasta tal punto la observación que olvidan a qué se dirige ésta: centrada nuestra reflexión sobre el carácter parcial, construido y fragmentario del observador, el objeto se esfuma, la presencia de lo observado se minimiza, lo que implica, llevados por un exceso de afecto por lo epistemológico, reducir la investigación social a tristes paisajes deshabitados. ¿Resultado más probable de esta estrategia? Un cierto «ensayismo» sociológico; sociologías que, a fuerza de relativizar, renuncian a dar cuenta de la actividad de lo que observan²⁶.

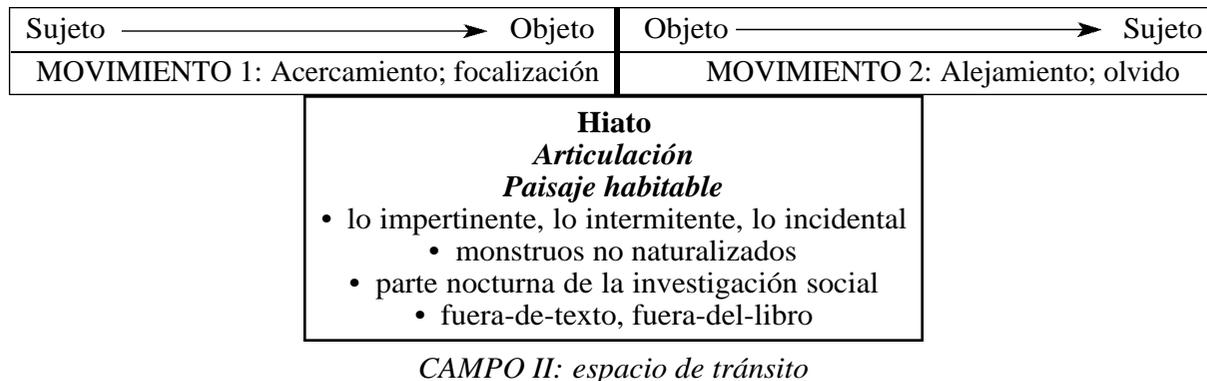
Esto es, si en el primer caso la institucionalización de las «nuevas sociologías» deriva en una relativización de la consistencia del objeto que esquiva la actividad objetivadora del sujeto, en el segundo caso deriva en la relativización de la consistencia del sujeto que esquiva, no obstante, la actividad del objeto. En cualquier caso, ninguna de las dos vías consigue eludir el problema fundamental que, al menos en sus primeras fundamentaciones, afrontaron éstas hoy llamadas «nuevas sociologías»; a saber, el debate sobre el conocimiento mismo propuesto como relación entre un sujeto y un objeto de la observación. En ambas, en síntesis, la frontera que separa los dos continentes sigue erguida e impermeable (Cuadro III).



Cuadro III. Derivaciones de la institucionalización de las «nuevas sociologías»

En este marco es en el que nos reencontramos con las preguntas que planteábamos al comienzo: instados por la complejización de los objetos, el descentramiento de los sujetos y el cuestionamiento de las condiciones de posibilidad del conocimiento, ¿cómo administrar la frontera entre las interpelaciones de la teoría sociológica contemporánea y la práctica investigadora en el momento de realización de una investigación del carácter de una tesis doctoral? Encerrado entre los dos movimientos que

sustentan la investigación social, los del acercamiento al campo y la focalización del objeto, primero, los de su alejamiento y olvido, después, queda un espacio de tránsito. Desde él definimos una segunda acepción del campo de la investigación social, la situada en las fronteras de su versión ortodoxa (Cuadro IV). Tal tránsito lo escindimos en tres momentos analíticos: uno de delimitación del campo (4.1), otro referido a la estancia en él (4.2), y un último de abandono (4.3) que da pie al relato.



CAMPO II: espacio de tránsito

Cuadro IV. Campo I/Campo II: el espacio de lo monstruoso

4.1. HIATO: TERRITORIO DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL

Porque no se deja ni de viajar ni de representar para investigar: se va y se regresa, pero también se visita. Y en la visita se cambia. En ese territorio, el del hiato²⁷ situado entre los dos desplazamientos del paradigma clásico de la investigación social, están los terrenos incómodos, poblados por los fantasmas de la lógica de la representación y los restos de la gramática

del viaje, y es ahí donde entendemos que puede desplegarse una acepción del campo de investigación que atienda a cómo recorta la mirada científica y a sus consecuencias. Que dé cuenta, en otras palabras, del campo de la investigación social en términos de prácticas y de negociaciones, de tensiones y de entrecruzamientos. En ese campo la etnografía y la sociología académicas se despistan, pues han de transar con sujetos y objetos huidizos, los subproductos de sus soportes, los remanentes, –pues no repre-

sentativos, pues no significantes— de sus ejercicios de partición, distinción y cierre. Viven en sus fronteras, en «un universo de silencio que rodea su cierre, que limita por doquier el lugar desde donde habla, o el lugar del que habla» (Serres, 1991: 86). En el espacio fronterizo que separa el acercamiento/focalización del alejamiento/olvido.

Así, si ensanchamos esa minúscula barra que separa sujeto/objeto de la representación, comienzo/final del viaje, y la tematizamos como un territorio, se entreabre un espacio tenso e incómodo donde pueden llevarse a la práctica algunas de las interpelaciones a las que nos conminan los llamados de las «nuevas sociologías». Reformular el campo en términos de hiato no niega que la construcción del campo de investigación sea producto de una operación de delimitación y de recorte. Ahora bien, esta reformulación introduce la peculiaridad de habilitar, de figurar, un paisaje habitable que incluye a quien efectúa dicho recorte y los mapas —los heredados y los nuevos— que emplea para hacerlo. Porque el hiato es el producto de la articulación compleja de la sociología con su objeto: es su resultado y es su negación. Es un espacio, entonces, habitado por monstruos no naturalizados y autores encarnados, un paisaje que se perfila desde lo que dejan fuera las cartografías sociológicas, pero un paisaje cartografiable; es una construcción *sociológica* que genera vida *social*. Terreno, por eso, susceptible de nuevas cartografías y de nuevos trabajos de campo (cf. ACOTACIÓN III), ahora sí, desde una posición incómoda, donde hacer visibles las tensiones que están detrás de las inquietudes tácticas, metodológicas y epistemológicas que presiden nuestros trabajos e investigaciones.

4.2. ARTICULACIÓN: TRABAJO SOBRE EL CAMPO

El campo en el paradigma clásico era el lugar al que viajar para cautivar al objeto —que nos esperaba inerte— y el lugar del que regresar con el preciado tesoro de su representación; pero nada se nos decía sobre cómo estar en él, más allá de los consabidos consejos metodológicos depurados de implicaciones epistemológicas de mayor alcance. Sin embargo ahora, interpelados por las nuevas sociologías, com-

prometidos con nuestro carácter encarnado y advertidos de la emergencia de restos monstruosos no naturalizados, ¿qué hacer, cómo estar, en ese espacio ensanchado del hiato?

El viaje, en la lógica del desplazamiento, se podía representar gráficamente con una flecha de un continente —el sujeto— a otro —el objeto—; con la propuesta de la articulación no se pretende anular o negar los desplazamientos, pues todo trabajo de representación los implica, sino asumir y reconocerse en las dislocaciones que los desplazamientos producen, instalarse en el hiato, en ese paisaje habitable producto de diálogos, querencias, mapas previos; en suma, de luchas por el sentido. Por debajo de la línea de dirección única con la que se representa la investigación social en el paradigma clásico surge un territorio, el del hiato, un *espacio de superposición* (Barel, 1982: 78)²⁸, donde sujeto y objeto ya no aparecen como unidades escindidas ni entre sí ni con respecto a las redes de relaciones en las que ambos están insertos. La explotación de ese espacio, donde se superponen las distintas líneas de fuerza de un campo de investigación, constituye la propuesta metodológica de este trabajo y nos permite dejar de pensar en las ciencias sociales como en

«una práctica normativa de personas de afuera que visitan/estudian a las de adentro sino (...) una práctica para prestar atención a las identidades cambiantes en relación con la gente y las temáticas que un antropólogo busca representar (...). El modo como se negocian las identidades a través de relaciones, en determinados contextos históricos, es pues un proceso que constituye tanto a los sujetos como a los objetos» (Clifford, 1999: 106).

La apuesta por la articulación es, pues, en primera instancia, una apuesta por la encarnación del proceso cognitivo, una redefinición del trabajo de campo en dirección a su comprensión «como un habitus más que como un lugar, [como] un conjunto de disposiciones y prácticas corporizadas» (*Ibidem*: 91). La articulación, al traspasar las limitaciones que arrastra entender el campo como una entidad preexistente a la investigación social, nos da acceso a la intermediación, al

encuentro de híbridos, subyacente a todo práctica significativa:

«*En inglés antiguo articular* –nos recuerda Haraway– *significa alcanzar términos de acuerdo. Quizá deberíamos volver a vivir en ese mundo «obsoleto» y amoderno. Articular es significar. Es unir cosas espeluznantes, cosas arriesgadas, cosas contingentes*» (1999: 150).

Pasamos entonces de la necesidad de investigar guiados por presunciones epistemológicas a epistemologías que se despliegan en acto (cf. ACOTACIÓN III); esto es, a considerar que «la epistemología es una parte del acto de investigación y no una mina de oro para reflexiones exteriores, posteriores o póstumas» (Lourau, 1997: 7). Si conocer no sólo es un acto de representación sino también un dispositivo de presencia, el campo

sólo puede entenderse como una *situación* –provisional, parcial, permeable, enmarañada– y nuestra presencia en él –el trabajo en el campo– sólo puede desplegarse si se enfoca como un acto de *implicación*. Implicación que no es ni iniciación ni empatía –no se trata de meterse en la piel del enfermo, de hablar por los objetos, de dar voz a los sin voz–; es visitar el campo, y aceptando la contingencia de nuestras conexiones, resituarnos en una pluralidad de actantes/actores, enfrentarnos a su carácter espacio-temporal, asumir el carácter construido de las fronteras, incluidas las que nos definen a nosotros mismos y las que damos por supuestas y contribuimos a construir (Haraway, 1995, 1999). Articular implica, pues, dislocar nuestra posición como *artífices* y admitir el ejercicio de dislocación al que, con nuestros *artifícios* –técnicas de investigación, herramientas teóricas...– sometemos a nuestros *artefactos* –campo, objeto...–.

ACOTACIÓN III: TESIS, EL CAMPO O de cómo construir un paisaje y pasear por él

Los objetos de trabajo de la sociología –*vascos, mujeres*– son las resultantes de una serie de líneas de fuerza entre las que está incluida la propia sociología –*perspectiva de identidad nacional, perspectiva de identidad de género*–. Pero en todo recorte de un campo y un objeto –*la situación «euskaldunización de adultos», «identidades de las mujeres (1975-1995)»*– se genera un resto. Los restos del recorte de la perspectiva sociológica constituyen un campo habitado por los monstruos de la representación –G.G.: *la euskaldunización de adultos en cuanto que catalizador de formas de la identidad ajenas a la arquitectura del Nombre, el Territorio y la Historia*; E.C.: *las identidades de género como ficciones producto de la performatividad de la acción sobre cuerpos sexuados, cuerpos sociales y cuerpos narrados*–, entidades cuya naturaleza es la de ser deshecho y ausencia del orden con que se da forma al campo sociológico –*el orden estático, la historia y espacio del fenómeno*–.

No se trata de reconstruir la «historia del fenómeno», la «evolución del objeto» –*espacio de la euskaldunización de adultos, cronología de las transformaciones de las identidades femeninas*–, sino de habilitar un espacio, el *hiato*, en el que tengamos cabida y que permita asomarse a las diversas fuerzas implicadas en el proceso de construcción de sentido de «mujer» o «lo vasco»:

- G.G.: *euskaldunes viejos, euskera rural, euskera urbano, G. G., nacionalismo, antropología, institucionalización, euskera unificado, aprendientes, Academia de la Lengua Vasca, euskaltegis, internados, enseñantes, neolengua, E. C., mapas sociolingüísticos, investigación social, estadística, publicidad, euskaldunes nuevos...*

- E.C.: *cuerpos, institutos universitarios, revistas, grupos feministas, psicología, instituciones políticas, indicadores estadísticos, G. G., discursos médicos, anticonceptivos, modelos culturales de referencia (cine, publicidad, etc.), leyes, retóricas, E. C., sociología de la familia, manifestaciones, librerías de mujeres...*

Situados en ese espacio de superposición, se trata de articular: de situarse en el campo, visualizado como un territorio de distensiones, conexiones, alianzas y fracturas, que nos permita representar lo socialmente existente como proceso.

En la décima máxima de su «Decálogo del perfecto cuentista» Horacio Quiroga nos aconseja:

«Cuenta como si tu relato no tuviera interés más que para el pequeño ambiente de tus personajes, de los que pudiste haber sido uno. No de otro modo se obtiene la vida en el cuento» (1999: 16).

Que el ambiente de los personajes de la sociología obtenga vida depende de la misma premisa: de la construcción de una ficción de coherencia –un campo cerrado, real, interesante sólo para los que viven en él– pero a la que el artífice de la investigación no es ajeno –no sólo porque lo produce, sino también porque él mismo habita ese paisaje–. De la capacidad del sociólogo para que la acción de sus artificios (sus teorías y sus técnicas) y de sus artefactos (los actores de su campo) encajen en el guión que está construyendo y en el paisaje al que ha dado forma depende que aquél cobre vida, que la sociología genere un campo en el que no se descarte lo monstruoso. Pero la construcción de la coherencia necesaria para sustentar el relato, al mismo tiempo, requiere purificar lo reticular, naturalizar lo monstruoso, estableciendo al final nuevas fronteras. Implicarse es, por lo tanto, dar forma a un guión que contiene sus propios límites; es situarse en el núcleo de las articulaciones entre la sociología y sus objetos.

4.3. ABANDONO, ESCRITURACIÓN Y CIERRE

La figura del hiato, con la que iniciamos esta cartografía de lo monstruoso y definimos los límites de su campo, reaparece en este tercer y último momento analítico. Y reaparece para desaparecer, pues, en efecto, y como el propio Bajtin señala, el del hiato es el cronotopo donde se desarrolla la acción, al tiempo que lo que está condenado de antemano a desvanecerse bajo la fuerza del relato. El discurso deviene texto, la experiencia se transforma en producto narrativo y esta operación efectúa «la dislocación entre el autor y el interlocutor» (Kilani, 1988: 23) sobre la que se levanta la representación, sin que podamos soltar el lastre de seguir soñando con «inscribir el saber en una red de comunicación a larga distancia» (*Ibidem*: 30).

Sólo con la inscripción el viaje deviene viaje científico y el trabajo de investigación justificación para la autoría, la autorización y la autoridad. La escritura de tesis, al precio de aplanar la articulación y de naturalizar lo monstruoso, otorga la autoridad suficiente para decirte dueño de una posición de enunciación –para decirte autor– y estar autorizado para hablar como miembro de una disciplina.

Del hiato no queda rastro; al menos no en el texto que lo refleja, ni en quien se constituye en su portavoz y representante: es un cronotopo que no tiene significación (Bajtin, 1989: 243). Y aunque en ese hiato que separa los puntos visibles del relato –su partida (el *plan del viaje*, la *ruta de campaña*, y, también, el *proyecto de investigación*) y su regreso (la *relación del viaje*, la *exhibición del botín*, y, también, el *informe de investigación* o la *tesis*)– se desarrolla toda la acción, sólo el comienzo y el término del movimiento argumental «son acontecimientos esenciales en la vida de los héroes» (*Ibidem*).

Es el peaje de la lógica de la representación y de la gramática del viaje. Necesarios ambos para escribir. En otra máxima de su decálogo, la octava, Quiroga nos vuelve a aconsejar sobre cómo hacerlo:

«Toma a tus personajes de la mano y llévalos firmemente hasta el final, sin ver otra cosa que el camino que les trazaste. No te distraigas viendo tú lo que ellos no pueden o no les importa ver (...). Ten esto por una verdad absoluta, aunque no lo sea» (1999: 16)

Los personajes del guión –monstruos, actores–red, autores–red, articulaciones contingentes...– habitan un paisaje ya definitivamente cartografiado por el texto y nos devuelven, así, a la ficción de la coherencia del campo de investigación. Sin embargo, viejos y nuevos monstruos siguen agolpándose en sus fronteras.

NOTAS

¹ Cabe remitir, entre otras muchas referencias, a los trabajos de Watzlawick y Krieg (eds.) (1994), Woolgar (1991) y, fundamentalmente, a los del propio Foucault (1987, 1988) para una crítica en profundidad del paradigma clásico de la investigación social.

² Si en el caso de las ciencias naturales ese desplazamiento es, por lo general, analítico, en el de las ciencias sociales la metáfora se desarrolla en toda su intensidad. Cabe remitir para un análisis en profundidad de la sustantividad del viaje en el momento fundacional de las ciencias humanas al texto de Affergan, 1987.

³ Distinción sobre la que trabaja Lamo de Espinosa, quien dice que «el lenguaje sociológico penetra, pues, constantemente en el etnosociológico al tiempo que éste es frecuentemente parasitado por aquél. La ciencia social es casi automáticamente etnociencia, y ésta, ciencia social» (1999: 156).

⁴ Caso, entre otros ejemplos, de los debates sobre la creatividad de la acción (Joas), los relacionados con las reflexiones en torno a las teorías del actor-red (Latour, Law), o las ambiciosas reformulaciones de la «teoría de la práctica» (Bourdieu) o de la «dualidad de la estructura» (Giddens).

⁵ Aunque no sólo allí, pues este problema atraviesa también otros debates «mayores» de la sociología contemporánea, y aparece como una de las preocupaciones cardinales en formulaciones como las de la sociedad del riesgo, los problemas derivados de la globalización económica y cultural o, sin pretender ser exhaustivos, de la sociedad de la información. Del mismo modo, ya en nuestro contexto académico más inmediato, los palos que se tocan en los dos últimos volúmenes que la serie *Academia* del CIS dedica a los debates teóricos en sociología son buenos índices de la centralidad de estas preocupaciones en los desarrollos más recientes de la teoría sociológica: *complejidad* como clave de reflexión en el penúltimo volumen de la serie (Pérez-Agote y Sánchez de la Yncera (eds.), 1996), y *globalización, riesgo y reflexividad* en el más reciente (Ramos y García Selgas (eds.), 1999).

⁶ Apuestas que se traducen en fórmulas distintas, más o menos novedosas: de un lado, las que defienden la institucionalización de una comunidad intersubjetiva de saberes compartidos como única forma de superar las limitaciones de la observación (Maffesoli, Habermas); de otro, quienes se inclinan de manera más decidida por la multiplicidad de voces que intervienen en la producción del conocimiento (Haraway, Clifford).

⁷ Lema de la campaña primavera 1998 de la agencia de viajes para jóvenes *Unlimited*.

⁸ Estructura narrativa y modelos que ambos hemos rellenado y en los dos casos con éxito aunque ante instituciones diferentes: la Universidad Complutense de Madrid y el Gobierno Vasco, organismos que financian la posibilidad de que el plan de trabajo presentado en el formulario normalizado de las becas FPI pueda llevarse a término.

⁹ Matiz necesario, pues, ciertamente, no todo viaje es forzosamente viaje científico. En efecto, como señala con acierto Clifford (1999), en la constitución del concepto de campo en ciencias sociales la pelea tiene lugar, fundamentalmente, en las orillas que separan el viaje de investigación de los viajes de los que él llama sus «otros disciplinarios»: el viaje literario, el viaje periodístico, el viaje evangelizador, la expedición militar... Para un estudio de la orilla que separa el viaje de investigación de su otro más contemporáneo, el turismo de masas, cf. el texto de Urbain (1986).

¹⁰ La perspectiva ha sido para nosotros materia de atención en trabajos anteriores acerca del lugar que ocupan la visión y lo visual en ciencias sociales (Gatti, 1999a; Casado, 2001).

¹¹ El dominio del orden escópico, que es el dominio de la perspectiva, marca el momento y el lugar para, dice Sauvageot, la emergencia de una «teoría de lo visible que apunta a una racionalización del espacio tal que dirige el ojo hacia el objeto. Concebida como una ventana abierta sobre el mundo, la perspectiva ofrece la representación de un mundo regulado por leyes objetivas y limitado por los bordes del cuadro. Lejos de abrirse a lo invisible, la perspectiva fija lo visible y es, en ese sentido, una estática de los cuerpos» (1994: 103).

¹² Cuestión que Foucault explica de esta manera: «El objeto no aguarda en los limbos el orden que va a liberarlo y a permitirle encarnarse en un visible y gárrula objetividad; no se preexiste a sí mismo retenido por cualquier obstáculo en los primeros bordes de la luz. Existe en las condiciones positivas de un haz complejo de relaciones» (1988: 73). En ese mismo sentido, los teóricos del actor-red, por ejemplo, definen el objeto como el efecto de un conjunto de relaciones, objeto que sólo es estable y singular mientras su sintaxis se mantiene también estable (Law y Hassard, 1999).

¹³ Ese lugar de intervención científica es lo que interesa a la ciencia, el lugar desde el que interviene socialmente –en cuanto que *problema*– y sociológicamente –en tanto que *problemática*–. Pero problema y problemática, en la definición más paradigmática, se entienden como discrepancia considerable entre lo que existe y lo que debería existir (socialmente: cuestión de políticas de intervención; sociológicamente: cuestión de estrategias cognitivas); mientras que en las «nuevas sociologías» la apuesta pasa por enfatizar el carácter construido, en primer lugar, de lo que se considera una discrepancia considerable, en segundo lugar, de la interpretación de lo existente y, en tercer lugar, de la interpretación de lo deseable. Desde esta perspectiva, por tanto, los problemas sociales no son condiciones objetivas que haya que analizar y sobre las que haya que intervenir, sino procesos interpretativos imbricados en las realidades cotidianas (Miller y Holstein, 1993).

¹⁴ Esta formulación la rescatamos de la conversación mantenida con Manuel Rodríguez Caamaño acerca de este trabajo.

¹⁵ Desde este prisma, los objetos no son tan unitarios como los modernos pensaban ni están tan inmersos en la multiplicidad postulada por los postmodernos, sino que están ahí, en las nuevas conjunciones esperando el proceso que les otorgará unidad a su término, una unidad que no tenían al principio (Latour, 2001).

¹⁶ El resultado de esta operación, por la que el objeto adquiere consistencia y el sujeto se convierte en mero escriba, es lo que en otros lugares hemos llamado *fetichismo del objeto preexistente* y *del sujeto desencarnado* (Casado, 2001) o *postulado de la exterioridad del sujeto (panoptismo)* y *postulado de la unidad del objeto (sinoptismo)* (Gatti, 1999a).

¹⁷ Lo más sorprendente de este mecanismo de distanciamiento es, como sostiene Sperber, que «los antropólogos no conciben sus interpretaciones como resultado de la aplicación de un procedimiento literario, sino como el

fruto de un método o de una actitud epistemológica esencial para las ciencias humanas» (1982: 27).

¹⁸ Para un mayor desarrollo de la conceptualización de las inscripciones científicas como móviles inmutables, cf. Latour, 1985.

¹⁹ El mecanismo retórico fundamental es el *discurso indirecto*, construido de tal modo que, para el lector, es «imposible saber en que medida el discurso en estilo indirecto se parece al enunciado original» (Sperber, 1982: 25).

²⁰ Pérez-Agote (1986: 27), apuntando en esta dirección, recoge una cita de Bourdieu en la que éste da cuenta de cómo la «conciencia» y sus nombres se sitúan en muchos estudios por encima de las condiciones que posibilitan su génesis en la investigación social. Dice Bourdieu:

«La personalización de los colectivos (...) conduce a postular la existencia de una “conciencia colectiva” de grupo o de clase: adoptando para grupos e instituciones disposiciones que no pueden constituirse sino en las conciencias individuales (...). Se dispensa así de analizar estas condiciones y, en particular, las que determinan el grado de homogeneidad objetiva del grupo considerado y el grado de conciencia de sus miembros» (1972: 174).

²¹ Cf. el prólogo de Ibáñez a su *Más allá de la sociología* para una potente descripción del concepto heredado de la autoría y del estilo en ciencias sociales: autor ausente, no-estilo como estilo, autoridad construida desde la pertenencia a la (neutra, limpia...) República de los sabios. Allí dice Ibáñez:

«El criterio de evaluación [de una tesis] es la concordancia del discurso con el texto; concordancia en la forma, de ahí el estilo –o mejor, ausencia de estilo– que caracteriza a la escritura académica, y que llevará a la ablación de toda huella personal» (1986: 6).

²² El hacer del *proceso progreso* es la conversión que describe la práctica legitimada del hacer científico: el texto engarza un comienzo, un presente y un final que se suceden ineludiblemente como etapas irreversibles, de modo que «en dicha secuencia cada fase tiene un carácter de transición, esto es, posibilita el alcance de la fase siguiente; de tal modo que la secuencia misma mostraría un carácter definitivo, debiendo responder cada fase a una exigencia particular que conlleva la caracterización del antes como justificable, el ahora como emprendible y el después como alcanzable, todo ello además con carácter necesario» (Davila, 1995: 71).

²³ Fuera de este texto han quedado muchos de los acontecimientos que han permitido que se escribiese hasta adoptar la forma que ahora tiene. Que seamos conscientes: el trabajo conjunto realizado hasta llegar al seminario *Astucias II: fronteras*, que dentro de las actividades de «Las astucias de lo social» se celebró en Allariz en septiembre de 1999, y, mucho más adelante, en mayo del 2000, la presentación del trabajo en el curso de doctorado que conduce M. Rodríguez Caamaño en el departamento de Teoría Sociológica de la Universidad Complutense. Pero, más que eso, expulsado también a la «parte noctur-

na de la investigación» ha quedado el proceso de construcción de este texto, apasionante, divertido y placentero, del que el resultado final no es sino una pálida muestra. Como en las investigaciones, como en las tesis, en este texto se ha tenido que convertir un *proceso* –creativo, tenso, polifónico, irregular...– en un *progreso* –regular, sintético, sujeto a una secuencia expositiva...–.

²⁴ Conversiones a las que no son ajenas ni las retóricas de la actualidad ni la continua modernización ni los imperialismos culturales o la mercantilización del saber (Bourdieu y Wacquant, 1999). Basta con revisar las publicaciones, los congresos y las conferencias más recientes para comprobar la existencia de circuitos ya consolidados, que se empiezan a percibir también en la renovación de planes de estudio –por ejemplo, la reconversión en los nuevos planes docentes de algunas universidades de la asignatura de «Macrosociología» en la de «Procesos de la sociedad contemporánea» o la inclusión de una aún no muy matizada «Enfoques teóricos contemporáneos» junto a la disección tradicional de las Teorías entre «Clásicas» y «Contemporáneas»– y en la incipiente institucionalización de las estructuras departamentales –desde los Seminarios de Estudios de la Mujer a centros de investigación como, por ejemplo, el Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva (<http://www.ehu.es/CEIC>), pasando por la red, institucionalizada también de manera incipiente, que da origen a este trabajo, la de *Las astucias de la identidad*–. Esta institucionalización, si bien embrionaria en nuestro contexto académico, está mucho más consolidada en el mundo anglosajón (*Cultural Studies*, *Women's Studies*, *Postcolonial Studies*, etc.) y en cierta medida en el francófono, donde incluso se han redactado ya manuales introductorios que contienen la historia y los autores de ésta que ahora aparece como escuela (Corcuff, 1998). Algunos de los efectos más caricaturescos de estos procesos han sido ya, incluso, materia de novelas como la de David Lodge, *El mundo es un pañuelo* (1996).

²⁵ Algo que podría interpretarse como la entrada por la puerta de atrás de algo tan viejo como lo que Wright Mills (1974: 68-92) llamó «Empirismo Abstracto», esto es, ejercicios de investigación social que minimizan la importancia de los problemas y de las condiciones que los hacen posibles, y que al hacerlo niegan o al menos ocultan la propia posición de enunciación de quien la desarrolla.

²⁶ Lo que, de nuevo, podría interpretarse como el regreso de la Gran Teoría (Wright Mills, 1974: 44-67) a las ciencias sociales por la puerta de las corrientes que se dedican con intensidad a la deconstrucción de sus propias bases disciplinares. Como ha escrito Bourdieu, «un discurso que se toma a sí mismo como objeto atrae menos la atención sobre el referente, que podría ser sustituido por cualquier otro acto, que sobre la operación consistente en referirse a lo que se está haciendo y sobre lo que la distingue del hecho de hacer simplemente lo que se hace» (1982: 54-55). Esto es lo que aparece en muchas de las críticas que reciben, no siempre con justicia, algunos de los debates posmodernos o las actividades de los departamentos de *Cultural Studies*. Pero no sólo: también en territorios sociológicos más convencionales proliferan ejercicios de Gran Teoría que con cierta compulsión tienden a la exégesis de las fuentes, al rastreo en búsqueda del origen de una idea. Son éstos ejercicios propios de aquellos a los que Merton llamó, aquí sí con justicia, «adumbracionistas», iluminadores de los orígenes, especialistas

en teoría que caen con cierta facilidad en la «atractiva pero fatal confusión de la teoría sociológica actual con la historia de las ideas sociológicas» (1984: 18).

²⁷ La imagen del hiato la desarrolla Bajtin (1989) escribiendo acerca de las novelas de aventuras. Allí explica que todo viaje puede descomponerse analíticamente en dos dimensiones: una visible, la que une el principio y el final, trazo constitutivo del relato; otra invisible, la del propio viaje, la del *hiato*, ajeno al trazo del relato, insignificante respecto a él. El hiato, en la novela de aventuras, constituye un espacio vacío e insignificante: pequeño, sin sentido, ausente de la trama, que se define apenas por lo que separa:

«Esa ruptura, esa pausa, ese hiato entre dos momentos biográficos directamente contiguos, en el que se estructura toda la novela, no se incorpora a la serie biográfica temporal: se sitúa fuera del tiempo biográfico: el hiato no cambia nada en la vida de los héroes; no aporta nada a su vida. Se trata de un hiato extratemporal entre los dos momentos del tiempo biográfico» (Ibidem 242).

²⁸ En el mismo sentido, cabría acudir a otras figuras equivalentes a la de «espacio de superposición» de Barel: la «afinidad» en Haraway, la «mediación» en Latour, el «espacio de transformación» en Serres o el «limen» de Turner.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- AFFERGAN, F. (1987): *Exotisme et altérité*, París, PUF.
- ASENSI, M. (1987): *Teoría de la lectura. Para una crítica paradójica*, Valencia, Libros Hiperión.
- ATKINSON, P. (1990): *The Ethnographic Imagination. Textual Constructions of Reality*, Londres y Nueva York, Routledge.
- BAJTIN, M. (1989): *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus.
- BAREL, Y. (1982): *La marginalité sociale*, París, PUF.
- BOURDIEU, P. (1972): *Esquisse d'une théorie de la pratique*, Ginebra, Droz.
- BOURDIEU, P. (1982): *Leçon sur la leçon*, París, Minuit.
- BOURDIEU, P. y L. WACQUANT (1999): «On the Cunning of Imperialist Reason», en *Theory, Culture and Society*, n.º 16, Londres, Sage.
- BOURGUET, M. N. (1995): «El explorador», en AA.VV., *El hombre de la Ilustración*, Madrid, Alianza.
- CASADO, E. (2001): «Visualizaciones, metáforas, inscripciones. De la representación a la articulación», en *Skri-buak*, n.º 4, «Maneras de ver. El lugar de lo visual en la constitución de las ciencias sociales», departamento de Sociología 2, Leioa, Universidad del País Vasco.
- CERUTI, M. (1994): «El mito de la omnisciencia y el ojo del observador», en P. Watzlawick y P. Krieg (eds.), *El ojo del observador*, Barcelona, Gedisa.
- CLIFFORD, J. (1986): «On Ethnographic Allegory», en J. Clifford y G. E. Marcus (eds.), *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press.
- CLIFFORD, J. (1999): «Prácticas espaciales: el trabajo de campo, el viaje y la disciplina de la antropología», en *Itinerarios transculturales*, Barcelona, Gedisa.
- CORCUFF, Ph. (1998): *Las nuevas sociologías*, Madrid, Alianza.
- DAVILA, A. (1995): «Perspectivas metodológicas cualitativa y cuantitativa en las ciencias sociales», en J. M. Delgado y J. Gutiérrez (eds.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales*, Madrid, Síntesis.
- DE CERTEAU, M. (1990): *L'invention du quotidien. 1. Arts de faire*, París, Folio.
- DERRIDA, J. (1972): «Hors livre. Préfaces», en *La dissémination*, París, Seuil.
- DEVEREUX, G. (1980): *De l'angoisse à la méthode dans les sciences du comportement*, París, Flammarion.
- FOUCAULT, M. (1987): *El orden del discurso*, Madrid, Tusquets.
- FOUCAULT, M. (1988): *Arqueología del saber*, México D.F., Siglo XXI.
- GATTI, G. (1999a): «Habitando (astutamente) en las Ruinas del Mapa: el Aleph, la nación, los cronopios y las modalidades débiles de la identidad colectiva», en *Política y Sociedad*, n.º 30, «La des/reconstrucción del agente social», Madrid, Universidad Complutense.
- GATTI, G. (1999b): «El parásito y lo social invisible, agente y territorio de las astucias social y sociológica», en G. Gatti e Iñaki Martínez de Albeniz (coords.), *Las astucias de la identidad. Figuras, territorios y estrategias de lo social contemporáneo*, Bilbao, Servicio Editorial Universidad del País Vasco.
- GOMBRICH, E. G. (1991): *La imagen y el ojo. Nuevos estudios sobre la psicología de las representaciones pictóricas*, Madrid, Alianza.
- GREIMAS, A. J. (1976): *Semántica estructural: investigación metodológica*, Madrid, Gredos.
- HARAWAY, D. J. (1995): *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra.
- HARAWAY, D. J. (1999): «Las promesas de los monstruos: una política para otros inapropiados/bles», en *Política y Sociedad*, n.º 30, «La des/reconstrucción del agente social», Madrid, Universidad Complutense.
- IBÁÑEZ, J. (1985): «Perspectivas de la investigación social: el diseño en la perspectiva estructural», en F. Alvira, M. García Ferrando y J. Ibáñez (comps.), *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación social*, Madrid, Alianza.
- IBÁÑEZ, J. (1986): *Más allá de la sociología. El grupo de discusión, teoría y práctica*, Madrid, Siglo XXI.
- JANKÉLÉVITCH, V. (1989): *La aventura, el aburrimiento y lo serio*, Madrid, Taurus.
- JAY, M. (1995): «The Disenchantment of the Eye: Surrealism and the Crisis of Ocularcentrism», en L. Taylor (ed.), *Visualizing Theory. Selected Essays from V.A.R. 1990-1994*, Nueva York, Routledge.
- KILANI, Y. (1988): «L'anthropologie de terrain et le terrain de l'anthropologie. Observation, description et textualisation en anthropologie», en *Travaux du Centre de Recherches Sémiologiques*, n.º 55, Lausana.
- LAMO DE ESPINOSA, E. (1993): «La interacción reflexiva», en E. Lamo de Espinosa y J. E. Rodríguez Ibáñez (eds.), *Problemas de teoría social contemporánea*, Madrid, CIS.
- LAMO DE ESPINOSA, E. (1999): «Notas sobre la sociedad del conocimiento», en F. J. García Selgas y J. B. Monleón (eds.), *Retos de la posmodernidad. Ciencias Sociales y Humanas*, Madrid, Trotta.

- LAPLANTINE, F. (1987): *Clefs pour l'anthropologie*, París, Seghers.
- LATOUR, B. (1985): «Les vues de l'esprit. Une introduction à l'anthropologie des sciences et des techniques», en *Culture Technique*, n.º 14, «Les vues de l'esprit», París, EHESS.
- LATOUR, B. (2000): «When things strike back: a possible contribution of "science studies" to the social sciences», en *British Journal of Sociology*, vol. 51 (1), Londres, London School of Economics.
- LATOUR, B. y S. WOOLGAR (1995): *La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos*, Madrid, Alianza.
- LAW, J. (2000): «Objects, Spaces, Others» (borrador), publicado por el Centre for Social Studies and the Department for Sociology, Lancaster University, en <http://www.comp.lancaster.ac.uk/sociology/soc042jl.html>.
- LAW, J. y J. Hassard (eds.) (1999): *Actor Network Theory and After*, Oxford, Blackwell Publishers/The Sociological Review.
- LODGE, D. (1996): *El mundo es un pañuelo*, Barcelona, Anagrama.
- LOURAU, R. (1988): *Le journal de recherche. Matériaux d'une théorie de l'implication*, París, Méridiens.
- LOURAU, R. (1997): *Implication, transduction*, París, Anthropos.
- MERTON, R. K. (1984): *Teoría y estructura sociales*, México D.F., FCE.
- MILLER, G. y J. A. HOLSTEIN (eds.) (1993): *Constructivist Controversies. Issues in Social Problems Theory*, Nueva York, Aldine de Gruyter.
- MINH-HA, T. T. (1989): *Woman, Native, Other*, Bloomington e Indianapolis, Indiana University Press.
- NAVARRO, P. (1990): «Tipos de sistemas reflexivos», en *Suplementos Anthropos*, n.º 22, «Nuevos avances en la investigación social. La investigación social de segundo orden», Barcelona, Anthropos.
- PÉREZ-AGOTE, A. (1986): *La reproducción del nacionalismo El caso vasco*, Madrid, CIS.
- PÉREZ-AGOTE, A. e I. SÁNCHEZ DE LA YNCERA (eds.) (1996): *Teoría social y complejidad*, Madrid, CIS.
- QUIROGA, H. (1999): «Decálogo del perfecto cuentista», en *El síncope blanco y otros cuentos de locura y terror*, Madrid, Valdemar.
- RAMOS, R. y F. GARCÍA SELGAS (eds.) (1999): *Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de teoría social contemporánea*, Madrid, CIS.
- REICHLER, C. (1987): «Le deuil du monde», en *Traverses*, n.º 40/41, «Voyages», París, Centre Georges Pompidou.
- SAUVAGEOT, A. (1994): *Voirs et savoirs. Esquisse d'une sociologie du regard*, París, PUF.
- SCHLANGER, J. (1983): *Penser la bouche pleine*, París, Fayard.
- SERRES, M. (1991): *El paso del Noroeste. Hermes V*, Madrid, Debate.
- SPERBER, D. (1982): *Le savoir des anthropologues*, París, Hermann.
- URBAIN, J. D. (1986): «Sémiotiques comparées du touriste et du voyageur», en *Semiotica*, vol. 58, París.
- VADSARIA, V. (1987): «Partir... c'est revenir déjà», en *Traverses*, n.º 40-41, «Voyages», París, Centre Georges Pompidou.
- VOLOSHINOV, V. (1992): *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Madrid, Alianza.
- WATZLAWICK, P. y P. KRIEG (eds.) (1994): *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*, Barcelona, Gedisa.
- WOOLGAR, S. (1991): *Ciencia. Abriendo la caja negra*, Barcelona, Anthropos.
- WRIGHT MILLS, C. (1974): *La imaginación sociológica*, México D.F., FCE.